

SEGREGACIÓN Y ESTIGMATIZACIÓN DE LOS BARRIOS DESFAVORECIDOS EN FRANCIA

SEGREGATION AND ESTIGMATIZATION OF THE DISADVANTAGED NEIGHBORHOODS IN FRANCE

EGUZKI URTEAGA

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO. ESPAÑA

RESUMEN

Este artículo, tras analizar la génesis y el declive de los barrios "sensibles" con la concentración de colectivos en dificultad social, estudia los fenómenos de segregación y estigmatización de los barrios desfavorecidos en Francia, dado que actualmente estos barrios tienden a ser definidos como ghettos, constituyendo el problema sociopolítico central de la sociedad gala. La exclusión, las violencias urbanas, la delincuencia de los jóvenes, la inseguridad, el repliegue comunitario y la presunta demisión de las familias alimentan el discurso mediático y político. Más allá de estas representaciones, es preciso detenerse en la estigmatización territorial y en las estrategias de evitación social, puesto que la mala fama de estos barrios conduce sus componentes a mantener unas actitudes ambivalentes y a replegarse en la esfera familiar. Todo ello no es incompatible con una fuerte sociabilidad y solidaridad y una organización de la vida comunitaria.

PALABRAS CLAVES

Segregación; Estigmatización; Barrios Desfavorecidos; Francia.

ABSTRACT

This article, after analyzing the genesis and decline of disadvantaged neighbourhoods with the concentration of social difficulties, studies the phenomena of segregation and stigmatisation of this kind of neighbourhoods in France. Nowadays, these neighbourhoods tend to be defined as ghettos, which have become the central socio-political problem of French society. The media and political speech are fed by their exclusion, urban violence, delinquency of young people, family submissiveness, insecurity and community fallback. Therefore, it becomes necessary to study the territorial stigmatisation and the strategies of social avoidance, provided that the bad reputation of these neighbourhoods leads their neighbours to have ambivalent attitudes and to withdraw in the family sphere. All this is not incompatible with a strong sociability, solidarity and organisation of community life.

KEYWORDS

Segregation; Stigmatisation; Disadvantaged Neighbourhoods; France.

Recibido: 2011.03.25. Revisado: 2011.05.10. Aceptado: 2011.11.11. Publicado: 2012.05.01.

Correspondencia: Eguzki Urteaga. Departamento de Sociología 1. Universidad del País Vasco. Los Apraiz, 2. 01006 Vitoria. Tlfono: (00-34) 945 01 42 60. E-mail: eguzki.urteaga@ehu.es.

INTRODUCCIÓN

Una cuestión recurrente en los debates sobre los barrios desfavorecidos en Francia consiste en preguntarse si los barrios de hábitat social constituyen unos territorios “anómicos” o si pueden convertirse en unos sistemas coherentes de relaciones e iniciativas. En ese marco, ciertos analistas han subrayado los efectos del desempleo y de la desorganización social sobre las conductas de repliegue y de violencia, la fragilidad de la acción colectiva y el deterioro de las formas clásicas de solidaridad. Fundamentalmente a partir del inicio de los años ochenta, se describe un universo de destrucción social cuyo símbolo es la *galère* (el berenjenal) de los jóvenes (Dubet, 1987). En esta línea interpretativa, ciertos monográficos deploran la ausencia de identidad colectiva en los barrios desheredados y el repliegue generalizado sobre sí mismo de una masa de individuos atomizados (Vilcheaise-Dupont, 2000).

Estos trabajos tienden a ofrecer una visión negativa de los barrios de relegación, además de infravalorar ciertas evoluciones, dado que la desorganización social se acompaña desde hace más de veinte años de un proceso de reorganización de la vida diaria. La pobreza se ha enraizado en estos barrios (Avenel, 1997), pero no se traduce únicamente por una falta de ingresos sino que se convierte en un estilo de vida. La mayoría de los jóvenes han crecido en estos barrios y los inmigrantes están ampliamente representados desde hace varias décadas (Lapeyronnie, 1993), ya que se han producido varias oleadas de inmigración a lo largo del siglo XX. Con el transcurso del tiempo, se han instaurado unas estrategias de adaptación y unas identidades específicas.

A partir de la mitad de los años ochenta, unos estudios etnológicos realizados a partir de un serio trabajo de campo (Jazouli, 1995) ya subrayaban la importancia de la buena convivencia y sociabilidad (Calogirou, 1989; Alhabe, Marcadet, Pradeille y Sélim, 1985). Lejos de los estereotipos sobre el presunto anonimato que prevalecería en estos barrios, se observa un sistema de relaciones donde todo el mundo se conoce y se vigila (Kaufmann, 1983). Unos trabajos posteriores no observan una situación de anomia (Bacqué y Sintomer, 2001) y subrayan, al contrario, la intensidad de las relaciones y la riqueza de la vida asociativa (Lepoutre, 1997; Mozère, Peraldi y Rey, 1999; Kokoreff, 2003).

Los barrios desfavorecidos producen unos vínculos de intercambio y de solidaridad, unas formas de organización de la vida comunitaria, pero también

unas divisiones y unos conflictos, que dan cuenta, en definitiva, de una fuerte sociabilidad (Duret, 1996). A partir de esta constatación, se cuestionan los retos económicos y simbólicos vinculados al territorio, las identidades colectivas y culturales inscritas en los comportamientos, las formas variadas del vínculo social y de la movilización a favor del barrio, la estructuración de una economía local paralela. Aparece entonces la pertinencia de una descripción de los barrios desheredados que muestre la existencia de un orden social, en la tradición de las primeras etnografías urbanas norteamericanas (White, 1996).

La sensación de vivir en un lugar que tiene mala fama es notable en los “barrios sensibles” (Messu, 1997). Este tema se impone con tal violencia que se encuentra en el centro de la mayoría de los estudios sociológicos (Rey, 1996). Estos barrios han sido tan estigmatizados que la sensación de segregación (Brun y Rhein, 1994) se expresa ante todo por la fuerza del desprecio social (Dubet y Lapeyronnie, 1992). Para los habitantes de estos barrios, el barrio no es solamente un hándicap económico sino que constituye asimismo un verdadero estigma social.

No obstante, la estigmatización no es solamente un proceso externo, sino que resulta igualmente de una lógica interna. Es una construcción social y mediática, pero es también el producto de relaciones entre los habitantes, dado que estos últimos no son extranjeros a la difusión de imágenes negativas que los conciernen. El estigma colectivo se impone como una realidad totalmente externa al barrio según una lógica de la que los habitantes no son dueños y de la cual difícilmente pueden escapar. Pero, simultáneamente, se convierte en un mecanismo interno que altera las relaciones y las imágenes de sí mismo.

En definitiva, tras analizar la génesis y el declive progresivo de los barrios “sensibles” (Begag y Delorme, 1994) con la concentración de colectivos que acumulan dificultades sociales, este artículo analiza los fenómenos de segregación y estigmatización de los barrios desfavorecidos en Francia, dado que actualmente estos barrios tienden a ser definidos como ghettos (Lapeyronnie, 2008). La exclusión, las violencias urbanas (Kokoreff, 2008), la delincuencia de los jóvenes, la inseguridad (Mucchielli, 2001), el repliegue comunitario y la presunta demisión de las familias alimentan el discurso mediático y político. En este sentido, es preciso detenerse en la estigmatización territorial y en las estrategias de evitación social, dado que la mala fama de estos barrios con-

duce sus componentes a tener actitudes ambivalentes y a replegarse en la esfera familiar. Todo esto no es incompatible con la fortaleza de la sociabilidad y solidaridad así como la vigencia de una identidad colectiva y de una vida comunitaria. Dicho de otra forma, lejos de dibujar una imagen dominada por los problemas y las desviaciones sociales, estos barrios demuestran una vitalidad y una capacidad de acción, de organización y de adaptación social ante el cambio.

CREACIÓN Y DECLIVE DE LOS BARRIOS DESFAVORECIDOS

Ante todo, conviene recordar la génesis y el declive de estos barrios. La creación de los barrios desfavorecidos está íntimamente vinculada a la historia de la urbanización en Francia que ha sido relativamente tardía. Mientras que en el Reino Unido la población urbana supera el 50% de la población total a partir de 1830, Francia solo llega al mismo nivel un siglo más tarde. El suburbio parisino constituye una excepción, dado que conoce un rápido desarrollo, pasando de 1,2 millones de habitantes antes de la Primera Guerra Mundial a 3 millones antes de la Segunda, con la concentración de actividades industriales en centros como Saint-Denis, Levallois o Montreuil, y la construcción masiva de viviendas residenciales (Vieillard-Baron, 2001).

En este sentido, los suburbios franceses provienen de la posguerra. Francia se enfrenta entonces a una grave crisis de la vivienda. Una penuria se ha constituido entre las dos guerras, donde las construcciones han sido muy escasas, y la amplitud de las destrucciones causadas por los bombardeos de los Aliados ha empeorado esta situación. La necesidad de nuevas viviendas corresponde, por aquel entonces, a un tercio del parque inmobiliario de la época. Estas necesidades se incrementan posteriormente con el aumento de la natalidad y la llegada de nuevas oleadas de inmigrantes provenientes del Magreb y de la Europa del Sur.

En ese contexto, se pone en marcha la “política de grandes edificios”. Una primera realización emblemática es la “Cité radieuse” construida por el arquitecto Le Corbusier en Marsella entre 1947 y 1951. Pero, los dos tercios de estos edificios son construidos entre 1952 y 1965. Para enfrentarse a unas necesidades masivas, el objetivo es acelerar la producción y disminuir el coste privilegiando la estandarización y la construcción a gran escala. Es cuestión de romper con la anarquía y la promiscuidad que han caracterizado los barrios obreros hasta

entonces. Estas construcciones deben permitir crear una ciudad ventilada, luminosa y racional.

Esta política ha sido un éxito a nivel cuantitativo (Pinçon, 1992), dado que, gracias a la bajada espectacular de los precios de la construcción, el número de viviendas construidas ha pasado de 40.000 en 1948 a 320.000 en 1959, para alcanzar 550.000 en 1975. La población de estos barrios está compuesta mayoritariamente por las clases medias y los hogares provenientes del éxodo rural, para los cuales estas viviendas, dotadas del confort moderno según los estándares de la época, representan un verdadero ascenso social. La proporción de inmigrantes recientes es escasa, ya que están todavía alojados en chabolas, barrios de tránsito o viviendas de la Sonacotra para los trabajadores argelinos.

El empobrecimiento de los habitantes de estos barrios se inicia en los años 1970. El enriquecimiento notable de las clases medias durante los Treinta Gloriosos (1945-1975) conduce un gran número de personas a abandonar estos barrios, sobre todo para acceder a la propiedad. Simultáneamente, los poderes públicos ponen en marcha una política de resorción del hábitat insalubre de los inmigrantes que conduce a instalarlos masivamente en las viviendas sociales de los suburbios. Por último, a partir de 1973, la crisis económica afecta duramente a la población de estos barrios, más aún sabiendo que numerosos barrios han sido construidos para alojar a los obreros de las grandes plantas industriales.

A partir de cierta concentración de hogares desfavorecidos, se pone en marcha una dinámica que Fitoussi, Laurent y Maurice (2004) denominan “divergencia urbana”. Las familias que disponen de los recursos suficientes abandonan estos barrios difíciles cuando lo pueden, para acceder a una mejor calidad de vida y a unos mejores centros educativos para sus hijos o para escapar del carácter estigmatizante del barrio. Éste, debido a la fuerte proporción de viviendas sociales, continúa acogiendo a las familias desfavorecidas e inmigrantes. Esto explica la fuerte concentración de familias con escasos recursos y de familias inmigrantes en estos barrios.

En cuanto a los defectos urbanísticos de estas construcciones, ya habían sido identificados en los años 1960. La marginación de estos barrios es notable: construidos en la periferia de los centros urbanos porque el terreno es más asequible, muchos están mal comunicados y la arquitectura de estos edificios refuerza la sensación de separación con el resto de la ciudad. En lo que alude a los propios edificios, su rápido deterioro es la consecuencia de

la calidad mediocre de los materiales utilizados así como de las dificultades financieras de los organismos HLM (que gestionan las viviendas sociales), enfrentados al empobrecimiento de sus residentes y, posteriormente, al incremento de las tasas de interés reales que aumentan el precio de las viviendas durante los años 1980.

Por último, los disturbios urbanos en Vénissieux, en 1981, y en Sartrouville, en 1990, confieren una gran visibilidad al problema de la inseguridad. Ésta no es la exclusividad de estos barrios, ya que el conjunto de las zonas urbanas y periurbanas francesas está afectado por un incremento de la delincuencia desde los años 1980. Pero, los barrios difíciles se caracterizan por un número elevado de incivildades, de deterioros y, en ciertos lugares, de coches incendiados. Esta inseguridad y su amplia mediatización contribuyen notablemente a la estigmatización de estos barrios, lo que contribuye a alejar las clases medias.

CONCENTRACIÓN DE LOS COLECTIVOS EN DIFICULTAD

Según el Observatorio nacional de las zonas urbanas sensibles, las diferencias entre las Zonas Urbanas Sensibles (ZUS) o barrios desfavorecidos y el resto del territorio en materia de empleo son notables. En 2007, la tasa de desempleo en ZUS era del 17,9% frente al 8,1% para la Francia metropolitana. Las diferencias son igualmente muy importantes para el desempleo de los jóvenes de menos de 25 años, dado que es del 32% en los barrios sensibles frente al 19,3% en el resto de las aglomeraciones. Esta diferencia es aún más preocupante sabiendo que no se explica básicamente por las diferencias de titulación académica, ya que a título comparable, el desempleo en ZUS aproxima el doble del resto de los municipios.

Ese hándicap en materia de empleo explica en parte las demás dificultades: es la causa principal del escaso nivel de renta, está en el origen de los recursos limitados de los que disponen los organismos de vivienda social o los municipios, desanima la implicación escolar de los niños y de sus familias, y crea unas condiciones socioeconómicas propicias para el desarrollo de la delincuencia. Existe una desvinculación manifiesta entre el nivel de vida de las ZUS y el del resto del territorio. En 2005, la renta en los barrios desfavorecidos es apenas superior a la mitad de la renta media (56%). El nivel de vida de las ZUS se aproxima al de países como Eslovaquia o Hungría.

Los demás indicadores parecen ser menos pre-

ocupantes pero dan cuenta de diferencias significativas. En materia de éxito educativo, el porcentaje de alumnos que tienen dos años de retraso a su entrada en sexto curso es el doble del resto de Francia. Se explica, parcialmente, por el número elevado de niños inmigrantes acogidos en las escuelas de ZUS a su llegada en el territorio, con un escaso dominio del francés (Urteaga, 2010). Teniendo en cuenta las dificultades sociales fundamentales que padecen estos barrios, la capacidad del sistema educativo a asegurar un nivel de éxito relativamente próximo a la media nacional es relativamente satisfactoria.

En materia de seguridad pública, la estadística de los hechos observados por la policía pone de manifiesto una clara diferencia entre los ataques a los bienes (robos, destrucciones y deterioros), cuya prevalencia es inferior en las ZUS comparándola con su aglomeración, y los ataques a las personas (violencias y amenazas vinculadas o no a un robo), cuya frecuencia es, al contrario, superior. La encuesta permanente sobre las condiciones de vida del INSEE, realizada directamente con las familias, corrobora esta constatación. El porcentaje de personas que declaran haber sido víctimas en 2006 o en 2007 de violencias físicas es superior en los barrios desheredados. Asimismo, la sensación de inseguridad está mucho más presente, ya que el 27% de los habitantes de las ZUS declaran sentirse a veces en inseguridad en su barrio, frente al 13% fuera de estos barrios. El 63% declaran que su barrio tiene un problema de delincuencia, frente al 32% en el resto de territorio galo. Lógicamente, estos fenómenos inciden directamente en la mala reputación de los barrios desfavorecidos.

LA ESTIGMATIZACIÓN DEL BARRIO

La estigmatización residencial afecta a la relación con sí mismo y a las relaciones con los demás. En efecto, la mala fama parece ser tan invasora que los habitantes de estos barrios no pueden hablar de ellos mismos sin referirse a ella. Cualquier encuentro con un interlocutor externo está más o menos orientado por ello. Todos los sociólogos que trabajan sobre este tema (Duret, 1996; Lepoutre, 1997; Kokoreff, 2003) observan que los jóvenes, especialmente los varones, mantienen el observador a distancia por una manipulación discursiva permanente. Así, pueden jugar el papel de la intimidación dando la imagen de “chicos malos” (Bordet, 1998) y encarnando de manera caricatural el rol que piensan que se espera de ellos. Desarrollan asimismo la actitud inversa

posicionándose como las víctimas de una imagen negativa difundida por los medios de comunicación en general y la televisión en particular.

De esa forma, los jóvenes oponen una sensación de injusticia a los estigmas provenientes del exterior y tienen una opinión de su barrio que se aleja de la imagen que les trasladan los demás. La simple presencia del sociólogo conduce al reproche implícito, no solamente de estigmatizar el barrio desfavorecido y sus jóvenes, sino la manera de vivir del barrio en detrimento de los que residen en su seno. Así, el sociólogo, así como el periodista, el trabajador social (Ion, 1990) y el responsable político, que vienen escuchar para posteriormente dar cuenta de lo que sucede, aumentan la sensación de distanciamiento social.

A su vez, Bachmann y Basier (1989) muestran que la estigmatización dificulta el acceso al empleo, en la medida en que los barrios desheredados se enfrentan a las reticencias de los empleadores a partir del momento en que los candidatos aluden a su dirección. Afecta igualmente a sus relaciones con los representantes de las instituciones locales. La desconfianza se convierte entonces en una modalidad de relación de los jóvenes con el mundo asociativo (Avery, 2010). Más allá, se puede analizar la violencia verbal y física de ciertos jóvenes como una respuesta a la violencia económica y simbólica que padecen al ser relegados a un espacio difamado (Bourdieu, 1993).

Entre los adultos también, el tema de la mala reputación se impone en la descripción del barrio. Por ejemplo, las críticas expresadas sobre el entorno y el estado de los edificios, aunque pocas veces abordadas, aparecen, comparativamente, como relativamente débiles. Las condiciones de vida están menos definidas por sus dimensiones materiales que por la distancia social que los separa del entorno. Las encuestas llevadas a cabo subrayan la satisfacción de los habitantes en lo que alude a la presencia de equipamientos de proximidad. La mayoría declara que el barrio no está alejado, incluso si esta afirmación reviste unos significados diferentes en función de las situaciones individuales (Colectivo, 1997).

Pero, la estigmatización no concierne tanto los edificios como los habitantes que residen en estos barrios. Las encuestas llevadas a cabo por Dulong y Paperman (1992) sobre las acciones de rehabilitación de las viviendas muestran que mejoran el entorno de los habitantes, pero no inciden en absoluto en la mala imagen. De hecho, las empresas y los comercios son reticentes a implantarse en estos

barrios y los habitantes externos no contemplan la posibilidad de residir y de escolarizar a sus hijos en los mismos (Oberti, 2007; Van Zanten, 2001).

No obstante, el peso de la mala fama no pesa de manera idéntica en las identidades individuales (Malière, 2005), ya que la estigmatización no asigna una identidad colectiva homogénea. Las personas que disponen de un empleo estable y saben que solo están de paso tienen una posición social suficientemente asentada como para no vivir la imagen negativa del barrio como un espejo de su propia situación. Pueden prevalecerse de una identidad y de unas relaciones que desbordan ampliamente el territorio de los barrios desheredados.

Por el contrario, cuando los individuos se encuentran en dificultad, tienen problemas para forjarse una opinión personal fuera de la imagen negativa que les rodea. Para ellos, el barrio desfavorecido es vivido no solamente como una situación impuesta por las presiones financieras sino también como una desclasificación simbólica. En la mayoría de los estudios cualitativos, los individuos expresan espontáneamente el deseo de abandonar su barrio y cuanto antes mejor, incluso si la voluntad de marcharse es más bien teórica, porque carecen de recursos para poder llevarla a la práctica. La mala imagen parece ser tan persistente que numerosos habitantes sienten, no solamente un malestar, sino incluso cierta vergüenza a la hora de mencionar su lugar de residencia o de invitar a sus amigos en sus casas. Y los que residen en estos barrios desde los años sesenta, donde se han enraizado, se quejan de esa estigmatización (Delarue, 1991).

LA AMBIVALENCIA DE LOS HABITANTES

La estigmatización residencial genera una relación ambivalente de los habitantes con su propio barrio que se traduce a la vez por una actitud de rechazo y de defensa del mismo. La sensibilidad de los habitantes ante las imágenes externas está moldeada por la mala fama y la preocupación constante por escaparse de dicha reputación. La vida diaria parece funcionar por la puesta a distancia del barrio, por una parte, y el repliegue sobre la esfera familiar, por otra parte. Esta actitud se basa en la voluntad de no ser asimilado a su vecindario y en la tendencia a trasladar dicha imagen a sus vecinos.

En el seno de los diferentes colectivos se crea entonces una larga cadena de valoraciones frente a los que son supuestamente responsables de la mala reputación. No se duda en referirse a los estigmas

físicos, étnicos y sociales, para desmarcarse de todos aquellos con los cuales no quieren ser asimilados. Desde los trabajos pioneros de Petonnet (1979), varios estudios han puesto de manifiesto de qué manera la mala fama bloquea las identificaciones positivas con el barrio. Paugam (1991) ha distinguido tres tipos de estrategias de distinción social: las actitudes de evitación, la elaboración de una jerarquía sutil de posiciones, y la inversión del desacredito sobre los chivos expiatorios, como los extranjeros, los marginales, las familias monoparentales o los jóvenes delincuentes (Mauger, 2006).

Pero, los mismos individuos desarrollan también una visión más positiva de su barrio, especialmente a través de sus comodidades y sus vínculos de solidaridad. Los que se diferencian de aquellos que tienen cierta propensión a rechazar las escenificaciones estigmatizantes, transmitidas por los medios de comunicación, son percibidas como injustos y degradantes. Intentan entonces demostrar que la mala imagen está ampliamente injustificada, diciendo que todo el mundo se conoce, como en un pueblo, y que no hay problemas relevantes. La relación de los habitantes con su barrio se presenta entonces como las dos caras de una misma moneda, ya que todo depende de la mirada externa.

Los habitantes se encuentran involucrados en esta contradicción: estigmatizar, a veces con afabulaciones y exageraciones, las condiciones de vida deterioradas por las degradaciones, la sensación de inseguridad y los conflictos asociados a la convivencia; o distinguirse, sin gran dificultad, de un entorno que es poco honorable socialmente, en conformidad con las estrategias de contorno y de inversión. Pero, la pesadez del esfuerzo para desmarcarse simbólicamente del entorno no significa que las relaciones de vecindario sean inexistentes. Al contrario, cada uno deja entrever indirectamente su inserción activa en unos vínculos sociales y unas relaciones distendidas. Los habitantes denuncian mucho más su barrio porque los estigmatiza que porque no les gusta vivir en él.

EL REPLIEGUE SOBRE LA ESFERA FAMILIAR

El repliegue sobre la familia está en el centro de una división que separa la esfera privada del hogar y la esfera pública del barrio, de manera que esta fractura genere una sensación difusa de inseguridad, sobre todo cuando uno está aislado en el barrio (Duprez y Hedli, 1992). La familia es presentada como el recurso relacional privilegiado de la felicidad y el

espacio que permite resistir a la sensación de vulnerabilidad social, preservando un cierto equilibrio emocional y concediendo ciertos recursos instrumentales. En la esfera familiar, uno se define positivamente como una persona, mientras que el barrio hace referencia a una imagen negativa. La familia se encuentra en el centro de la construcción de las identidades individuales, no tanto como institución que como lugar de relaciones afectivas (De Singly, 2005).

Se define como un espacio privado y un lugar de desarrollo personal de cada uno de sus miembros. Lo que distingue los habitantes de estos barrios, no son las disposiciones subjetivas hacia ese modelo, sino los recursos socioeconómicos para poder ponerlo en marcha libremente (Schwartz, 1990). La esfera privada es el punto de anclaje de la identidad y de los proyectos. En ella se produce un distanciamiento con respecto al entorno y, sobre todo, como lo ha mostrado Schwartz, es donde se averigua prácticamente su “permeabilidad al deseo” en el seno de lo que constituye un verdadero santuario familiar. Es la razón por la cual el hogar y los vínculos parentales juegan simultáneamente el rol de “amortiguadores” frente a las consecuencias del desempleo.

No en vano, esa familiarización de la vida diaria no es siempre voluntaria, sino que depende ampliamente de las condiciones económicas. Los más pobres o precarios tienen menos amigos, salen menos y participan poco en las formas institucionalizadas de la vida social, tales como las asociaciones y los sindicatos. Además de que el desempleo no hace verdaderamente disminuir la intensidad de las relaciones familiares, las hace primar sobre las relaciones amistosas o sociales. En el caso de las familias desfavorecidas, los problemas de empleo, de falta de dinero y de debilidad de la participación social son constantes.

En la medida en que la sociedad del consumo constituye la norma de referencia, no poder conformarse a esa norma, y por lo tanto desplegar diariamente una energía considerable para intentar mantenerse en su seno, provoca la sensación de estar apartado del modelo dominante. Los habitantes más precarizados pueden vivir su experiencia como encerrados en un entorno más o menos compartimentado por las presiones padecidas, provocando una reducción de su espacio vital. En estos casos, la vida diaria es a menudo la de la retracción de las relaciones sociales y, en definitiva, la del repliegue obligado sobre la esfera familiar. Se trata de una experiencia privada por privación (Schwartz, 1990).

Así, el calor íntimo del hogar está amenazado constantemente por la frialdad del desempleo y de la precariedad laboral.

Así, el repliegue sobre la familia aparece como un hecho ambivalente. La esfera privada constituye un punto de apoyo esencial que preserva una imagen aceptable y permite la autodeterminación del individuo, aunque esté sometida a los mecanismos de la exclusión. En este sentido, constituye un horizonte amenazante.

DISCUSIÓN

Recordemos que, tras estudiar la génesis y el declive de los barrios desfavorecidos con la concentración de colectivos que acumulan dificultades sociales, este artículo ha analizado los fenómenos de segregación y estigmatización de estos barrios en Francia, dado que actualmente tienden a ser definidos como ghettos. La exclusión (Wacquant, 2006), las violencias urbanas (Wieviorka, 1999; Beaud y Pialoux, 2003), la delincuencia juvenil (Roché, 2001), la inseguridad (Body-Gendrot, 1998), el repliegue comunitario y la presunta dimisión de las familias alimentan el discurso mediático y político. En este sentido, era preciso detenerse en la estigmatización territorial y las estrategias de evitación social, dado que la mala fama de estos barrios conduce sus componentes a tener una actitud ambivalente y a replegarse en la esfera familiar. Los colectivos que carecen de recursos socioeconómicos están condenados a tener una “sociabilidad obligada”, mientras que las familias inmigrantes desarrollan una sociabilidad comunitaria. Este repliegue sobre la esfera familiar y comunitaria se compagina con un retorno al Islam (Kepel, 1987), especialmente entre los jóvenes (Khosrokhavar, 1997), como vector de realización personal y de reafirmación identitaria, y una propensión a una etnicización creciente de las relaciones sociales (Urteaga, 2009). Pero, esto no es incompatible con la fortaleza de la solidaridad, la vigencia de una vida comunitaria y el fomento de una actividad económica.

No en vano, la sociabilidad difiere dado que los habitantes de los barrios desfavorecidos son demasiado dispares para compartir un sistema de normas y valores específico. No se perciben como un colectivo y no se reconocen en los estereotipos estigmatizantes impuestos a los barrios desheredados. Los más precarizados carecen de esta distancia crítica o de ese *quant à soi* (Dubet, 1994) que les permitiría crear una distinción entre “nosotros” y “ellos”. Sea cual

sea la diversidad social de estos barrios, los individuos se presentan como unos actores de la sociedad del consumo, sobre todo cuando están sometidos a unas formas de rechazo. Se definen menos por una situación jerárquica que por sus aspiraciones en un espacio de movilidad social y por sus posibilidades de poder realizarlas. Sueñan de una vida ordinaria mientras que la debilidad de sus recursos convierte ese proyecto en incierto y los estigmas asociados a los barrios desheredados imposibilitan a veces esa vida normal y corriente. Paradójicamente, es difícil hablar de excluidos a propósito de individuos que están ampliamente integrados por el vínculo con ciertos actores o la posesión de algunos recursos.

Así, la sociabilidad obligada de los más pobres no se fundamenta verdaderamente en un vínculo funcional sino más bien en una tensión entre las condiciones de vida y las aspiraciones individuales. No hay una “cultura de la pobreza” auto-producida, tal y como ha sido definida por Lewis (1981), sino unas estrategias de integración social o de adaptación relativa a la sociedad del consumo (Pettonnet, 1979). Los individuos “asignados a residencia” se identifican y se adhieren a un modelo cultural dominante de las clases medias, y a su expresión individualizada a la vez subjetiva e instrumental. El estilo de vida y las imágenes de sí mismo están moldeados por unas normas similares dominadas por la preocupación de la persona y la búsqueda de la autonomía personal, mientras que la mayoría dispone de los recursos económicos que permiten alcanzarlos. Tienen los pies en la precariedad económica y la cabeza en el universo cultural de la clase media (Avenel, 1996), lo que no significa que pertenezcan a dicha clase, dado que no lo son ni en términos de estatus profesional ni en términos de comportamiento.

Esta situación encarna las profundas transformaciones de los mecanismos de socialización de las clases populares y la emergencia de nuevos procesos identitarios identificables en el peso de la individualización de las trayectorias y de los problemas sociales. Una de las principales características de los habitantes de los barrios desfavorecidos es que viven de una manera personal los problemas de la vida diaria y, más generalmente, su situación social. Viven en una sociedad en la cual las personas están invitadas a ser plenamente responsables de ellas mismas (Ehrenberg, 1995), están obligadas a ser libres y autónomas, sean cual sean sus recursos. Corresponde a la vez a un deseo personal y a un imperativo social. No en vano, ese ideario puede transformarse en una sensación de fracaso, constituyendo la parte

maldita de la individualización. Los problemas sociales se transforman en problemas personales, al no traducirse en movilización colectivas.

Todo ello indica que la política urbana puesta en marcha en Francia para responder a la concentración de graves problemas socioeconómicos en ciertos barrios urbanos a partir de los años 1970, a pesar de disponer de un marco institucional propio y de medios de intervención específicos, no es una prioridad nacional, ya que no se impone a las demás políticas públicas. Si se observa una ampliación del esfuerzo a favor de los barrios en dificultad desde hace una década, sobre todo en materia de renovación urbana y de perecuación financiera, numerosas reformas quedan pendientes.

BIBLIOGRAFÍA

- Althabe, G., Marcadet, C., Pradeille, M. y Sélim, M. (1985). *Urbanisation et enjeux quotidiens*. Paris: Anthropos.
- Avenel, C. (1996). Quartiers défavorisés et ségrégation. *Hommes et Migrations*, 1195, 34-40.
- Avenel, C. (1997). La question de l'underclass des deux côtés de l'Atlantique. *Sociologie du Travail*, 2, 211-234.
- Avery, D. (2010). *Civilisations de la Courneuve. Images brisées d'une cité*. Paris: L'Harmattan.
- Bachmann, C. y Basier, L. (1989). *Mise en images d'une banlieue ordinaire*. Paris: Syros-Alternatives.
- Bacqué, M.H. y Sintomer, Y. (2001). Affiliations et désaffiliations en banlieue. *Revue française de sociologie*, 42-2, 217-249.
- Beaud, S. y Pialoux, M. (2003). *Violences urbaines, violences sociales*. Paris: Fayard.
- Begag, A. y Delorme, C. (1994). *Quartiers Sensibles*. Paris: Seuil.
- Body-Gendrot, S. (1998). *Les villes face à l'insécurité*. Paris: Bayard.
- Bordet, J. (1998). *Les jeunes de la Cité*. Paris: PUF.
- Bourdieu, P. (1993). *La misère du monde*. Paris: Seuil.
- Brun, J. y Rhein, C. (1994). *La ségrégation dans la ville*. Paris: L'Harmattan.
- Calogirou, C. (1989). *Sauver son honneur*. Paris: L'Harmattan.
- Colectivo (1997). *En marge de la ville, au cœur de la société: ces quartiers dont on parle*. Paris: Editions de l'Aube.
- Delarue, J.M. (1991). *Banlieues en difficulté: la relégation*. Paris: Syros.
- De Singly, F. (2005). *Le soi, le couple et la famille*. Paris: Armand Colin.
- Dubet, F. (1987). *La galère, jeunes en survie*. Paris: Fayard.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Paris: Seuil.
- Dubet, F. y Lapeyronnie, D. (1992). *Les quartiers d'exil*. Paris: Seuil.
- Dulong, R. y Paperman, P. (1992). La réputation des cités HLM: enquête sur le langage de l'insécurité. Paris: L'Harmattan.
- Duprez, D. y Hedli, N. (1992). *Le mal des banlieues? Sentiment d'insécurité et crise identitaire*. Paris: L'Harmattan.
- Duret, P. (1996). *Anthropologie de la fraternité dans les cités*. Paris: PUF.
- Ehrenberg, A. (1995). *L'individu incertain*. Paris: Calman-Lévy.
- Fitoussi, J.P., Laurent, E. y Maurice, J. (2004). *Ségrégation urbaine et intégration sociale*, Rapport du conseil d'analyse économique.
- Ion, J. (1990). *Le Travail social à l'épreuve du territoire*. Toulouse: Privat.
- Jazouli, A. (1995). *Une saison en banlieue*. Paris: Plon.
- Kaufmann, J-C. (1983). *La vie HLM. Usages et conflits*. Paris: Editions Ouvrières.
- Képel, G. (1987). *Les Banlieues et l'Islam*. Paris: Seuil.
- Khosrokhavar, F. (1997). *L'Islam des Jeunes*. Paris: Flammarion.
- Kokoreff, M. (2003). *La force des quartiers*. Paris: Payot.
- Kokoreff, M. (2008). *Sociologie des émeutes*. Paris: Payot.
- Lapeyronnie, D. (1993). *L'individu et les minorités*. Paris: PUF.
- Lapeyronnie, D. (2008). *Ghetto urbain*. Paris: Robert Laffont.
- Lepoutre, D. (1997). *Cœur de banlieue*. Paris: Odile Jacob.
- Lewis, O. (1981). *Les enfants de Sanchez. Autobiographie d'une famille mexicaine*. Paris: Gallimard.
- Malière, E. (2005). *Jeunes en cité. Diversité des trajectoires ou destin commun?* Paris: L'Harmattan.
- Mauger, G. (2006). *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Etudes de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. Paris: Belin.
- Messu, M. (1997). *La société protectrice. Le cas des banlieues sensibles*. Paris: CNRS.
- Mozère, L., Péraldi, M. y Rey, H. (1999). *L'intelligence des banlieues*. Paris: L'Aube.

- Mucchielli, L. (2001). *Violences et Insécurité*. Paris: La Découverte.
- Oberti, M. (2007). *L'école dans la ville*. Paris: Presses de Sciences Po.
- Paugam, S. (1991). *La disqualification sociale: essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris: PUF
- Pétonnet, C. (1979). *On est tous dans le brouillard*. Paris: Galilée.
- Pinçon D. (1992). *Des banlieues et des villes*. Paris: Editions ouvrières.
- Rey, H. (1996). *La peur des banlieues*. Paris: FNSP.
- Roché, S. (2001): *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.
- Schwartz, O. (1990). *Le monde privé des ouvriers*. Paris: PUF
- Urteaga, E. (2009). Categoría social y etnicidad en Francia. *Revista Alternativas*, 16, 79-89.
- Urteaga, E. (2010). Alumnos inmigrantes y nivel educativo en Francia. *Sociedad y Utopía*, 35, 109-120.
- Vieillard-Baron, H. (2001). *Les banlieues. Des singularités françaises aux réalités mondiales*. Paris: Hachette.
- Villechaise-Dupont, A. (2000). *Amère banlieue*. Paris: Grasset.
- Van Zanten, A. (2001). *L'école de la périphérie. Scolarité et ségrégation en banlieue*. Paris: PUF
- Wacquant, L. (2006). *Parias urbains. Ghetto, Banlieues, Etat*. Paris: La Découverte.
- White, W.F. (1996). *Street corner society. La structure sociale d'un quartier italo-américain*. Paris: La Découverte.
- Wieviorka, M. (1999). *Violence en France*. Paris: Seuil.